

# El caso del doctor Oppenheimer

Por FRANCISCO DE A. CABALLERO

El 21 de diciembre del pasado año, el contralmirante Lewis L. Strauss, presidente de la Comisión de Energía Atómica (A. E. C.) de Estados Unidos, citó en su despacho oficial al doctor J. Robert Oppenheimer, miembro destacado y ex presidente del *General Advisory Committee* (1946-52) de la citada Comisión y director del *Institute for Advanced Study*, de Princeton, para colocar al famosísimo físico ante una delicada disyuntiva: renunciar a su cargo de asesor de la Comisión de Energía Atómica o someterse a un procedimiento de depuración extrajudicial para responder de una serie de cargos acumulados contra él, que —a tenor de la prosa oficial— “de no ser refutados, suscitarán dudas en cuanto a la veracidad, conducta y hasta lealtad” del ilustre científico.

Famoso e ilustre: son éstos, aun en opinión de quienes —como nosotros— son adversarios del diti-rambo, adjetivos que, sin duda, cuadran a la personalidad científica del doctor Oppenheimer, director durante la pasada guerra, del llamado “Proyecto de Los Alamos” y autor de la bomba atómica, al aplicar —en unión de un grupo de investigadores, al igual que él, extraordinariamente cualificados— la teoría y la práctica de laboratorio en el campo de la física nuclear a la técnica. Como realizador de este paso decisivo y de incalculables consecuencias, el doctor Oppenheimer es hoy día, en frase del *New York Times* (edic. intern. de 13 de abril de 1954, pág. 1), el hombre “que lleva en su cerebro más información altamente secreta” en el mundo entero.

Como la dimisión habría significado la tácita aceptación de los cargos contra él formulados, el doctor Oppenheimer se declaró dispuesto a someterse a procedimiento para examinar detalladamente y con toda clase de garantías sus antecedentes y vinculaciones político-ideológicos durante un espacio de tiempo que abarca aproximadamente los últimos veinte años. El procedimiento de depuración ha sido encomendado a una comisión investigadora de la Junta de Seguridad de la A. E. C., integrada por Gordon Gray, rector de la Universidad de Carolina del Norte, como presidente; Thomas Morgan, ex presidente de la *Sperry Corporation*, y Ward V. Evans, catedrático de Química de la Universidad de Loyola.

Desde la fecha en que ha quedado sujeto a procedimiento, el doctor Oppenheimer ha cesado en sus funciones, habiéndosele denegado el acceso a toda clase de documentación calificada de secreta o confidencial con arreglo a las normas de seguridad actualmente vigentes.

Los cargos que una paciente y minuciosa labor de información e investigación ha reunido contra Oppenheimer, son dieciséis, y se dividen en dos categorías: los que se refieren a sus pasadas y, al parecer, muy estrechas relaciones con personas y asociaciones del partido comunista o de la extrema izquierda, y los que le culpan de haber intrigado, *oponiéndose desde su puesto de máxima influencia y autoridad a la construcción de la bomba de hidrógeno, por supuestas razones morales, técnicas y de conveniencia política*. Desde luego, la opinión norteamericana considera *más grave esta segunda inculpación*. El pliego de cargos es un extenso documento en forma de carta, firmada por el administrador general de la A. E. C., mayor general K. D. Nichols, y lleva fecha de 23 de diciembre de 1953.

En el breve espacio de estas páginas no es posible analizar, ni aun someramente, la índole y el peso de las afirmaciones contenidas en documentos de tanta envergadura y extensión como el escrito del general Nichols. De entre el gran número de datos de desigual importancia contenidos en el mismo, sólo diremos que fué la guerra civil española piedra de toque en la actuación política del doctor Oppenheimer, quien, todavía años más tarde, contribuía con donativos que raramente bajaban de ciento o ciento cincuenta dólares a la causa de los llamados republicanos españoles, donativos que eran recogidos por organizaciones comunistas. En 1936, Oppenheimer tuvo una aventura sentimental con Jean Tatlock, hija de un catedrático de inglés y miembro del partido comunista; poco después, en 1940, contrajo matrimonio con quien hoy es su esposa, casada en primeras nupcias con Joe Dallet, quien encontró la muerte en la guerra civil de España combatiendo como voluntario en la brigada “Abraham Lincoln”. Ambos cónyuges eran entonces miembros del partido comunista. *Esta misma acusación es lanzada en el referido escrito contra el doctor Oppenheimer, mas*

no ha podido ser demostrada en ningún caso; en cambio, sí fueron comunistas militantes su hermano Frank y la esposa de éste.

Si extenso es el escrito de acusación del general Nichols, todavía lo supera la réplica del doctor Oppenheimer, extraordinario documento de singular interés humano y reflejo y resumen de toda una época de la historia de Estados Unidos, que se conoce como la Era del *New Deal* rooseveltiano. En su contestación, el doctor Oppenheimer, que actualmente cuenta cincuenta años, traza la historia de su vida como ciudadano norteamericano hijo de un inmigrante judío alemán, estudiante de las universidades de Harvard, Cambridge y Gotinga, nostálgico de su patria norteamericana y catedrático de la Universidad de California y su Instituto de Tecnología, por espacio de doce años. Describe Oppenheimer cómo la entera y profunda dedicación a su ciencia, la física teórica, le hizo olvidarse y aislarse casi por completo de las relaciones humanas y de la sociedad y sus problemas, hasta que el violento antisemitismo del nacionalsocialismo germano y la guerra civil de España, vista a través del prisma de la propaganda roja y de la prensa norteamericana, le hicieron reaccionar e inclinarse del lado comunista. La totalidad de las organizaciones políticas e intelectuales a que en aquellos años perteneció Oppenheimer han sido calificadas posteriormente, por la Administración Truman, de subversivas y antinorteamericanas. A lo largo del relato que aquél hace de su vida de erudito encerrado en su torre de marfil de Berkeley —que le hizo, como a pocos, penetrar en los más recónditos secretos de la constitución de la materia y sus fuerzas—, se acentúa cada vez más el intenso contraste entre la privilegiada mentalidad y formación científicas de Oppenheimer y su ingenuidad política e ideológica. Al subrayar él mismo esta ingenuidad, Oppenheimer —contestando a Nichols— ha redactado, en rigor, una patética acta de acusación de la Era de Roosevelt, según uno de cuyos lemas predilectos “no había enemigo a la izquierda”. Al igual que en el proceso de Alger Hiss y de otros muchos, la defensa de Oppenheimer ilumina una de las etapas hoy día más debatidas de la historia de Norteamérica, cuyo capítulo final cuenta las deslealtades, las traiciones y los errores de muchos que creyeron obrar de buena fe y de otros, como los Rosenberg, que lo hicieron de mala, y cuya ejecución fué, en el fondo, presenciada por un mundo atónito que, al igual que en esta hora, todavía no acierta a explicarse cabalmente cómo y por qué hom-

bres en que el país depositó una confianza ilimitada pudieron mostrarse indignos de ella. Quizá, en algunos de estos casos, la clave esté en esa frase en que culmina y que resume la réplica de Oppenheimer al pliego de cargos del general Nichols: “*por entonces (se refiere a la época de la guerra civil española) yo no consideraba a los comunistas como peligrosos*”. No deja de ser significativo que un hombre genial, de inteligencia privilegiada y formación humanística muy amplia, pudiera, efectivamente, pensar así.

La incriminación del doctor Oppenheimer, lógicamente, ha levantado gran polvareda. Involucrados en el caso aparecen los nombres de otras dieciocho personas más o menos directamente relacionadas con los hechos que han motivado la destitución de aquél. *Por otra parte, científicos de gran autoridad, entre ellos, el doctor Harold Urey y otros diez investigadores muy calificados, se han declarado solidarios con el doctor Oppenheimer, e incluso han iniciado la constitución de un fondo para sufragar los gastos de defensa del inculcado y de otros investigadores que pudieran verse en trance parecido. Dos ex presidentes de la A. E. C., David Lilienthal y Gordon Dean, comparecerán como testigos de descargo.* Bien es verdad que muchos de los que en este pleito han tomado el partido de Oppenheimer son, como él, de ascendencia israelita y actúan, posiblemente, a impulsos de un explicable sentimiento de solidaridad. Sobre todo, el hecho de que el inculcado tal vez se haya opuesto a la construcción de la bomba H por razones técnicas, y que éstas se invoquen ahora como argumento para su destitución, es causa de no poca inquietud en el mundo científico, por cuanto se teme que, en adelante, cualquier error de apreciación de esta índole pueda ser motivo de medidas similares contra un hombre de ciencia.

Se admite, en general, que el proceder del Gobierno norteamericano en el caso del doctor Oppenheimer no es ajeno a la presión del senador McCarthy y su grupo. En efecto, McCarthy ha declarado que, a su juicio, hacía tiempo que debían haberse tomado las medidas que se han adoptado ahora. Mas también es cierto que la acción iniciada contra Oppenheimer no hace sino ahondar la ya considerable oposición que existe entre la Administración Eisenhower, por un lado, y *un grupo de científicos, por otro, entre los cuales figuran los hombres más autorizados y representativos de sus respectivas disciplinas.*

(De “Arbor”.)